

EXPEDICIÓN A LA TIERRA

ARTHUR C. CLARKE



«Expedición a la Tierra» marca un hito en la obra de Arthur C. Clarke sobre todo por contener el relato que cambió radicalmente el panorama de la ciencia ficción, «El centinela» escrito para ser presentado en un concurso organizado por la BBC y que, sin embargo, fue rechazado. Este relato, que le serviría de base para escribir luego el guión cinematográfico de «2001: Una odisea en el espacio», cuenta el descubrimiento de un monolito milenario en la Luna.

En este volumen se reúnen once relatos, la mayoría de ellos aparecidos en la revista *Astounding Science Fiction*, de quien sin duda es uno de los principales maestros en el género. En el terreno del relato corto, un formato especialmente agradecido para desarrollar historias de ciencia ficción, es donde Clarke brilla con luz propia y buena muestra de ello es este pequeño volumen. Son relatos de temática variada, que exploran diversos ámbitos que luego han sido desarrollados también por otros autores, pero lo que más los une es el tono entre humorístico y paradójico de la mayoría de ellos, un rasgo que permite identificar sin posibilidad de error la narrativa de Clarke.

Entre los relatos más habitualmente recogidos en antologías del autor o del género aparecen publicados aquí el propio «Expedición a la Tierra», donde los venusinos tratan de reconstruir la extinta cultura terrestre a partir de un único registro: un dibujo de Walt Disney; en «Superioridad», el exclusivo desarrollo tecnológico militar es causa principal de debilidad; «Tensión Extrema» y «Juego de escondite» fueron adaptados por Paul Preuss en la serie *Venus Prime*.

Contenido (Relatos cortos)

- La Segunda Aurora (*Second Dawn*, 1951)
- ¡Si te olvidase, Oh Tierra! (*If I Forget Thee, O Earth...*, 1951)
- Tensión Extrema (*Breaking Strain*, 1949)
- Expedición a la Tierra (*Expedition To Earth*, 1949)
- Superioridad (*Superiority*, 1951)
- Némesis (*Exile Of The Eons*, 1950)
- Juego de Escondite (*Hide And Seek*, 1949)
- Encuentro en la Aurora (*Encounter At Dawn*, 1953)
- Lo Imprevisto (*Loophole*, 1946)
- Herencia (*Inheritance*, 1948)
- El Centinela (*The Sentinel*, 1951)

LA SEGUNDA AURORA

Ahí vienen —dijo Eris alzando sus patas delanteras y volviéndose para mirar a lo largo del extenso valle.

La amargura y la pena habían abandonado sus pensamientos por un instante, hasta el punto que incluso Jeryl, cuya mente estaba más precisamente ajustada a la suya que ninguna otra, apenas pudo percibirlos. Había incluso un resabio de dulzura que le recordaba acerbamente aquel Eris que había conocido en los días antes de la Guerra, el viejo Eris que ahora parecía casi tan remoto y tan perdido como si estuviese yaciendo con los otros, allá abajo en la llanura.

Una oscura marea fluía subiendo por el valle, adelantando con curioso y vacilante movimiento, haciendo extrañas pausas y avanzando a pequeños saltos. A sus flancos brillaba el oro de la delgada línea de guerreros atelenios, tan terriblemente escasos, comparados con la negra masa de los prisioneros. Pero eran los suficientes; en realidad, eran solamente necesarios para guiar aquel río sin meta en su indecisa marcha. Y sin embargo, a la vista de tantos miles de enemigos, Jeryl descubrió que temblaba, y se acercó instintivamente a su compañero, piel de plata que se apoyaba contra la de oro. Eris no dio señales de haber comprendido, ni tan sólo observado el movimiento.

El miedo se desvaneció cuando Jeryl vio lo despacio que la corriente oscura adelantaba. Le habían dicho lo que tenía que esperar, pero la realidad era aún peor de lo que se había imaginado. Al acercarse los prisioneros, todo el

odio y la amargura se desvanecieron de su mente, siendo reemplazados por una penosa compasión. Nadie de su raza debería temer ya nunca más a la horda idiota y sin objetivo que era conducida a través del paso, hacia el valle del que nunca más saldría.

Los guardias apenas si hacían más que instar a los prisioneros con gritos sin sentido pero alentadores, como niñeras que llaman a niños demasiado pequeños para comprender sus pensamientos. Por más que se esforzase, Jeryl no podía percibir vestigio alguno de razón en ninguna de aquellos millares de mentes que pasaban tan cerca. Aquello hizo que se diese cuenta más vívidamente que ninguna otra cosa, de la magnitud de la victoria y de la derrota. Su mente era lo suficientemente sensible para detectar los primeros pensamientos vagos de los niños, que bordeaban el límite de la conciencia. Los derrotados enemigos no eran ni tan sólo niños, sino bebés con cuerpos de adultos.

La marea pasaba ahora a pocos palmos de ellos. Por vez primera, Jeryl se dio cuenta de cuánto mayores que su propia gente eran los mitraneos, y cuán bellamente la luz de los soles gemelos resplandecía sobre el oscuro raso de sus cuerpos. Una vez, un magnífico ejemplar que sobrepasaba a Eris en una cabeza, se apartó del grupo principal y se acercó tambaleándose hacia ellos, deteniéndose a pocos pasos. Luego se agachó como un niño perdido y asustado, moviendo inciertamente de un lado a otro su espléndida cabeza, como si buscase no sabía qué. Por un instante, sus ojos grandes y vacíos contemplaron de frente la cara de Jeryl. Ella sabía que era tan hermosa para los mitraneos como para su propia raza, pero no hubo ni un parpadeo de emoción en aquellas facciones sin expresión, ni pausa en los movimientos sin sentido de aquella cabeza inquisitiva. Y entonces un exasperado guardia dirigió nuevamente al prisionero hacia sus compañeros.

—Vámonos —rogó Jeryl—. No quiero ver ninguno más. ¿Por qué me trajiste aquí? —Este último pensamiento esta-

ba cargado de reproches.

Eris comenzó a alejarse sobre las pendientes herbosas, dando grandes saltos que ella no podía esperar igualar, pero a medida que avanzaba su mente lanzó un mensaje hacia la de ella. Los pensamientos de él aún eran amables, pero el dolor que había tras ellos era demasiado profundo para poder ser ocultado.

—Quería que todos, incluso tú, vieses lo que tuvimos que hacer para ganar la Guerra. Así, quizá, no tendremos ya más en el curso de nuestras vidas.

Eris la estaba esperando sobre la cresta de la colina, tranquilo a pesar de la alocada violencia de su ascensión. La corriente de prisioneros estaba ahora demasiado por debajo de ellos para que pudiesen apreciar los detalles de su penoso avance. Jeryl se agachó junto a Eris y comenzó a pacer la escasa vegetación que había emigrado desde el fértil valle. Comenzaba a recuperarse lentamente de su impresión.

—Pero ¿qué les ocurrirá? —preguntó al fin, perturbada aún por el recuerdo de aquel espléndido gigante sin razón, en su camino hacia un cautiverio que no podría jamás comprender.

—Se les puede enseñar a comer —dijo Eris—. En el valle hay alimento para medio año, y luego los desplazaremos. Será una pesada carga para nuestros recursos, pero estamos bajo una obligación moral, y lo hemos hecho constar en el tratado de paz.

—¿No sanarán jamás?

—No. Sus mentes han sido completamente destruidas. Serán así hasta que mueran.

Hubo un largo silencio. Jeryl dejó que su mirada vagase por las colinas, que bajaban ondulando suavemente hasta el borde del océano. Podía vislumbrar, a través de una abertura entre las colinas, la distante línea azul que indicaba el mar, el misterioso e impasible mar. Su azul se hundiría pronto en la oscuridad, pues el feroz y blanco sol se estaba

poniendo, y pronto no habría sino el disco rojo —cientos de veces mayor, pero que daba mucha menos luz—, de su pálido compañero.

—Supongo que tuvimos que hacerlo —dijo finalmente Jeryl. Estaba casi pensando para sí misma, pero dejó que se escapase lo bastante de sus pensamientos para que Eris lo alcanzase a oír.

—Los has visto —contestó Eris brevemente—. Eran mayores y más fuertes que nosotros. Aunque éramos más que ellos, la partida estaba igualada; al final, creo que hubiesen ganado. Haciendo lo que hicimos, salvamos a miles de ellos de la muerte, o de la mutilación.

La amargura volvió a teñir sus pensamientos, y Jeryl no se atrevió a mirarle. Eris había corrido una pantalla sobre las profundidades de su mente, pero Jeryl sabía que estaba pensando en el destrozado muñón de marfil de su frente. Excepto al final, la guerra se había hecho solamente con dos armas, los cascos agudos como navajas de las pequeñas y casi inútiles garras delanteras, y los cuernos semejantes al del unicornio. Con uno de éstos, Eris no podría ya nunca más luchar, y de esa pérdida procedía gran parte de la aspereza amargada que le hacía a veces herir hasta a los que le querían.

Eris estaba esperando a alguien, pero Jeryl no sabía a quién. Jeryl tenía demasiada experiencia para interrumpir los pensamientos de su compañero cuando estaba de un humor como el de ahora, de modo que permaneció silenciosa a su lado, fundiendo su sombra con la de él, que se extendía a lo largo de la cumbre de la colina.

Jeryl y Eris procedían de una raza que había sido más afortunada que la mayor parte en la lotería de la Naturaleza, pero que sin embargo había perdido uno de los premios más importantes. Tenían cuerpos y mentes potentes, y vivían en un mundo templado y fértil. A la mirada humana hubiesen parecido extraños, pero en modo alguno repulsivos. Sus cuerpos esbeltos, recubiertos de piel peluda, se

estrechaban formando un solo miembro trasero gigante que les permitía dar sobre el suelo saltos de diez metros. Los dos miembros delanteros eran mucho más pequeños, y no servían más que de apoyo y para equilibrarse; terminaban en puntiagudos cascos que podían ser mortales en el combate, pero que no tenían ninguna otra utilidad.

Tanto los atelenios como sus primos, los mitraneos, poseían poderes mentales que les habían permitido desarrollar unas matemáticas y una filosofía muy avanzadas, pero carecían de todo dominio sobre el mundo físico. Casas, herramientas, tejidos —los artefactos de toda clase—, les eran absolutamente desconocidos. A razas que poseían manos, tentáculos o cualquier otro método de manipulación, su cultura hubiese parecido increíblemente limitada; pero tal es la adaptabilidad de la mente, y la fuerza de la costumbre, que pocas veces se daban cuenta de sus limitaciones y no imaginaban ninguna otra forma de vida. Era lo natural vagar en grandes manadas sobre las fértiles llanuras, deteniéndose donde abundaba la comida, y desplazándose nuevamente cuando se agotaba. Esa vida nómada les había dado tiempo suficiente para la filosofía e incluso para ciertas artes. Sus poderes telepáticos no les habían privado aún de sus voces, y habían desarrollado una música vocal compleja y una coreografía más compleja aún. Pero su mayor orgullo era la extensión de sus pensamientos; por miles de generaciones habían hecho vagar sus mentes por el nebuloso infinito de la metafísica. De la *física*, así como de todas las demás ciencias de la materia, no sabían nada, ni siquiera sabían que existiese.

—Alguien viene —dijo repentinamente Jeryl—. ¿Quién es?

Eris no se tomó la molestia de mirar, pero su respuesta sonó algo tensa.

—Es Aretenon. Quedé en encontrarme con él aquí.

—Cuánto me alegro. Eráis tan buenos amigos antes; me dolió cuando os peleasteis.

Eris escarbó nerviosamente la hierba, como si estuviese embarazado o enojado.

—Me enojé con él cuando me abandonó durante la quinta batalla de la llanura. Naturalmente, entonces no sabía por qué tenía que irse.

Los ojos de Jeryl se abrieron con repentino asombro y comprensión.

—¿Quieres decir que tuvo algo que ver con la Locura, y la manera como terminó la Guerra?

—Sí. Había pocos que supiesen más que él sobre la mente. No sé qué papel desempeñó, pero debe haber sido importante. No me figuro que nos pueda nunca decir mucho acerca de ello.

Aun a una distancia apreciable por debajo de ellos, Aretenon subía en zigzag y a grandes saltos la colina. Un poco más tarde les había alcanzado, e instintivamente bajó la cabeza para tocar cuernos con Eris, gesto universal de salutación. Y entonces se detuvo, terriblemente embarazado, y se produjo una turbada pausa, hasta que Jeryl vino a salvar la situación con algunas observaciones convencionales.

Al hablar Eris, Jeryl se sintió aliviada, pues se dio cuenta del evidente placer que aquél sentía al encontrarse nuevamente con su amigo, por vez primera después de la enojada separación en el punto culminante de la guerra. Hacía aún más tiempo que ella había visto por última vez a Aretenon, y se sorprendió al observar lo mucho que había cambiado. Era bastante más joven que Eris, pero ahora nadie lo hubiese dicho. Parte de su piel, antaño dorada, se estaba volviendo negra con la edad, y con un rasgo de su antiguo humor, Eris observó que pronto no se le podría distinguir de un mitraneos.

Aretenon se sonrió.

—Eso hubiera sido útil durante las últimas semanas. Acabo de pasar por su país, ayudando a reunir a los Vagabundos. Como ya os podréis suponer, no somos muy popu-

lares. Si hubiesen sabido quién era yo, no creo que hubiese podido volver.

—No estabas verdaderamente encargado de la Locura, ¿verdad? —preguntó Jeryl, incapaz de reprimir su curiosidad.

Jeryl tuvo la momentánea impresión que se formaba una espesa neblina defensiva alrededor de la mente de Aretenon, protegiendo todos sus pensamientos del mundo externo. Y vino entonces la respuesta, extrañamente ahogada, con una sensación de distancia que era muy rara en contacto telepático.

—No; no tenía el mando supremo. Pero solamente había otros dos entre mí y lo más alto.

—Naturalmente —dijo Eris con cierta petulancia—. Yo no soy sino un sencillo soldado y no entiendo esas cosas. Pero me gustaría saber cómo lo hicisteis. Naturalmente —añadió—, ni Jeryl ni yo hablaríamos a nadie más.

Nuevamente pareció descender un velo sobre los pensamientos de Aretenon. Luego el velo se levantó, siquiera fuese tan sólo un poco.

—Hay muy poca cosa que me sea permitido deciros. Como ya sabes, Eris, siempre me interesó la mente y su funcionamiento. ¿Te acuerdas de nuestros juegos, cuando yo trataba de descubrir tus pensamientos, y tú hacías todo lo que podías para evitarlo? ¿Y cómo a veces te hacía realizar acciones contra tu voluntad?

—Pienso todavía —dijo Eris—, que no hubieses podido hacer aquello con un extraño, y que en realidad yo cooperaba inconscientemente.

—Eso era cierto entonces, pero ya no lo es. La prueba la tienes ahí abajo, en el valle. —E hizo un gesto hacia los últimos rezagados, que los guardianes iban rodeando. La marea oscura había ya casi pasado, y pronto se cerraría la entrada del valle.

»Cuando fui creciendo —continuó Aretenon—, pasé más y más tiempo investigando el funcionamiento de la

mente, tratando de descubrir por qué algunos de nosotros podemos compartir tan fácilmente nuestros pensamientos, mientras que otros no pueden nunca conseguirlo, sino que tienen que permanecer siempre aislados y solitarios, forzados a comunicarse por medio de sonidos y gestos. Y me fascinaban aquellas mentes que están completamente desequilibradas, de modo que quienes las poseen parecen ser menos que niños.

»Cuando comenzó la Guerra, tuve que abandonar aquellos estudios. Y luego, como ya saben, me llamaron un día durante la quinta batalla. Incluso ahora, no estoy bien seguro de quién fue la causa. Me llevaron a un lugar muy lejos de aquí, donde encontré un pequeño grupo de pensadores, a muchos de los cuales ya conocía.

»El plan era sencillo, y tremendo. Desde el amanecer de nuestra raza hemos sabido que dos o tres mentes, unidas, podían ser utilizadas para controlar otra mente, *si esa quería*, en la forma en que acostumbraba a dominarte a ti. Desde tiempos remotos hemos empleado ese poder para curar. Ahora proyectamos utilizarlo para destruir.

»Había dos dificultades principales. Una se relacionaba con la curiosa limitación de nuestro poder telepático normal, el hecho que, excepto en raras ocasiones, solamente podemos tener contacto a distancia *con alguien a quien ya conocemos*, y no podemos comunicarnos con extraños más que cuando estamos en su presencia.

»El segundo, y mayor problema, era que se necesitaría el poder de muchas mentes, y hasta entonces nunca había sido posible unir más de dos o tres. La forma en que lo conseguimos, es nuestro principal secreto; como todas esas cosas, ahora que lo hemos logrado parece fácil. Y una vez comenzamos, fue más sencillo de lo que habíamos supuesto. Dos mentes son más poderosas que el doble de una, y tres son mucho más poderosas que tres veces una sola. La relación matemática exacta es interesante. Ya sabes cuán rápidamente aumenta el número de maneras en que puede

ser ordenado un grupo de objetos, al aumentar el tamaño del grupo. Pues bien, en nuestro caso se da una relación semejante.

»Y así conseguimos finalmente nuestra Mente Compuesta. Al principio era inestable, y solamente conseguimos mantenerla junta durante unos cuantos segundos. Todavía constituye un esfuerzo enorme para nuestros recursos mentales, y solamente podemos hacerlo durante..., bueno, durante el tiempo suficiente.

»Como es natural, todos estos experimentos fueron realizados con el mayor secreto. Si podíamos hacerlo nosotros, también podían hacerlo los mitraneos, pues sus mentes son tan buenas como las nuestras. Teníamos cierto número de ellos prisioneros, y los empleamos como sujetos.

Por un instante, el velo que había ocultado los pensamientos internos de Aretenon pareció temblar y disolverse, pero pronto se rehizo.

—Eso fue la peor parte. Ya era bastante terrible enviar locura a un país distante, pero era infinitamente peor poder observar con nuestros propios ojos los efectos de lo que hacíamos.

»Cuando hubimos perfeccionado nuestra técnica, efectuamos los primeros ensayos a larga distancia. Nuestra víctima fue alguien tan bien conocido de uno de nuestros prisioneros —de cuya mente nos habíamos apoderado—, que pudimos identificarlo completamente, de modo que la distancia entre nosotros no fue un obstáculo. El experimento salió bien, pero naturalmente nadie sospechó que nosotros éramos los causantes.

»No volvimos a operar hasta que estuvimos seguros que nuestro ataque sería tan avasallador que terminaría la Guerra. Por las mentes de nuestros prisioneros habíamos identificado a unos veinte mitraneos —sus amigos y parientes—, con tal detalle que podíamos encontrarlos y destruirlos. Cada mente que caía bajo nuestro ataque nos permitía el conocimiento de otras, y así fue aumentando nuestro poder.

Pudimos haber hecho mucho más daño del que hicimos, porque solamente tomamos a los machos.

—¿Y fue eso —dijo Jeryl amargamente—, realmente tan misericordioso?

—Quizá no; pero hay que recordarlo en nuestro favor. Nos detuvimos tan pronto como el enemigo pidió la paz, y como sólo nosotros sabíamos lo que había ocurrido, fuimos a su país para deshacer todo el daño que pudiésemos. Fue, en verdad, muy poco.

Se hizo un largo silencio. El valle estaba ahora desierto, y el blanco sol se había puesto. Soplaban un viento frío sobre las colinas, pasando a donde nadie podía seguirlo, hacia afuera, a través del vacío y no surcado mar. Eris habló entonces, susurrando casi sus pensamientos en la mente de Aretenon.

—No viniste para decirme esto, ¿verdad? Hay algo más. —Era una afirmación más que una pregunta.

—Sí —replicó Aretenon—. Tengo un mensaje para ti que te sorprenderá mucho. Es de Terodimus.

—¡Terodimus! Yo creía...

—Creíste que había muerto, o, peor aún, que era un traidor. No es ni lo uno ni lo otro, aunque ha vivido en territorio enemigo durante los últimos veinte años. Los mitraneos le trataron como nosotros, y le dijeron todo lo que necesitaba. Reconocieron su mente por lo que era, e incluso durante la Guerra, nadie le tocó. Ahora quiere volverte a ver.

Cualesquiera que fuesen las emociones que sintió Eris al recibir noticias de su antiguo maestro, no las reveló. Quizá pensaba en su juventud, recordando ahora que Terodimus había desempeñado un papel más importante en la formación de su mente que ninguna otra influencia por sí sola. Pero sus pensamientos no eran asequibles ni a Aretenon, ni siquiera a Jeryl.

—¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo? —preguntó finalmente Eris—. ¿Y por qué quiere verme ahora?

—Es una historia larga y complicada —dijo Aretenon—, pero Terodimus ha realizado un descubrimiento tan notable como el nuestro, y que quizá tenga consecuencias aún más importantes.

—¿Descubrimiento? ¿Qué clase de descubrimiento?

Aretenon hizo una pausa, mirando pensativo a lo largo del valle. Regresaban los guardianes, dejando solamente los pocos que se necesitarían para ocuparse de posibles prisioneros vagabundos.

—Tú sabes tanto de nuestra historia como sé yo, Eris —comenzó—. Creemos que se tardó algo así como un millón de generaciones para que alcanzásemos nuestro nivel actual de desarrollo, y esto es un espacio de tiempo tremendo. Casi todo el progreso que hemos realizado ha sido debido a nuestros poderes telepáticos; sin ellos seríamos muy poco distintos de los demás animales que muestran semejanzas tan desconcertantes con nosotros mismos. Estamos muy orgullosos de nuestra filosofía y de nuestras matemáticas, de nuestra música y baile, pero ¿se te ha ocurrido alguna vez, Eris, que podría haber otras direcciones de desarrollo cultural en las cuales no hemos ni tan sólo pensado? ¿Y que podría haber otras fuerzas en el Universo, además de las mentales?

—No comprendo lo que quieres decir —dijo Eris con despego.

—Es difícil de explicar, y no voy a intentarlo, excepto para decir lo siguiente. ¿Te das cuenta de lo lamentablemente escaso que es nuestro dominio sobre el mundo exterior, y lo realmente inútiles que son estos miembros nuestros? No, no puedes darte cuenta, porque no has visto lo que yo he visto. Pero quizá esto te lo hará comprender.

La estructura de los pensamientos de Aretenon modularon repentinamente en una clave menor.

—Recuerdo haberme encontrado una vez con un macizo de hermosas y extrañamente complicadas flores. Quise saber cómo eran por dentro, y traté de abrir una, sujetán-

dola entre mis pezuñas, y abriéndola con mis dientes. Traté una y otra vez, y fracasé. Al final, medio loco de rabia, pateé todas aquellas flores en el polvo.

Jeryl pudo percibir la perplejidad en la mente de Eris, pero pudo también ver que se interesaba y sentía curiosidad por saber más.

—Yo también he tenido sentimientos de esta clase — admitió—. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Y, al fin y al cabo, es realmente importante? Hay muchas cosas en este universo que no son exactamente como desearíamos.

Aretenon se sonrió.

—Cierto. Pero Terodimus ha encontrado la manera de remediarlo en algo. ¿Quieres ir a verle?

—Debe ser un largo viaje.

—Unos veinte días desde aquí, y tenemos que atravesar un río.

Jeryl sintió que Eris se estremecía ligeramente. Los atelenios odiaban el agua, por la excelente y suficiente razón que sus huesos eran demasiado pesados para que pudiesen nadar, y se ahogaban rápidamente si se caían en ella.

—Es en territorio enemigo; no me querrán.

—Te respetarán, y quizá sería una buena idea que fueses; un gesto amistoso, por decirlo así.

—Pero me necesitan aquí.

—Puedes creer en mi palabra respecto a que nada de lo que haces aquí es tan importante como el mensaje que Terodimus tiene para ti, y para todo el mundo.

Eris veló sus pensamientos durante un instante, y luego los descubrió brevemente.

—Lo pensaré —dijo.

* * *

Fue sorprendente cómo Aretenon consiguió hablar tan poco durante los muchos días del viaje. De vez en cuando Eris atacaba las defensas de su mente con golpes medio en